



## EL CORTANTE DE CADIZ.

ROMANCE EN QUE SE DECLARA LA FELIZ fortuna que tuvo un hijo de un Cortante de la ciudad de Cadiz, llevándose preso un Mercader á las Indias: dáse cuenta como volvió á España, y se casó con la hija del Mercader que fue causa de su desgracia, siendolo tambien de su dicha y prosperidad; como mas largamente verá el lector.

### PRIMERA PARTE.

O Gran Dios de la verdad,  
Criador de tierra y cielo,  
Monarca amoroso y justo,  
Dios piadoso y Rey exelso!  
Son tus secretos, Señor,  
tan altos y tan supremos,  
que aun vuestra querida Madre  
jamás pudo comprenderlos  
pues vos sois solo el que sabe  
con un saber tan inmenso,

fin y principio de todo  
comprendiendo todos tiempos,  
como lo afirma esta historia,  
que podrá servir de ejemplo,  
lo cual sucedio á un Cortante,  
y es como aqui lo refiero.  
En la gran Ciudad de Cádiz,  
de España famoso puerto,  
habitaba un Mercader  
de mucha hacienda y dinero,



lado por lado de casa  
 de un Cortante; y en efecto,  
 como los dos eran ricos,  
 se guardaban el respeto  
 atentos y cortesanos.  
 Pero lo tenía á menos  
 la muger del Mercader,  
 y un dia estando comiendo  
 esta dijo á su marido:  
 quisiera querido dueño,  
 de que vuestra voluntad  
 viniera bien con mi intento,  
 y fuera cuerda eleccion  
 lo que ahora es solo consejo.  
 Y es que veais si el Cortante  
 quiere la casa vendernos,  
 visitandole á este fin.  
 Y respondió: no lo creo,  
 porque es rico y poderoso:  
 mas yo lo veré bien presto.  
 Al otro siguiente dia  
 pasó el Mercader atento  
 á la casa del Cortante,  
 y le recibió contento,  
 propuso su peticion  
 despues de muchos rodeos  
 que buscó para entablarla.  
 Pero con terminos buenos  
 el Cortante le responde:  
 yo quisiera que eso mismo  
 usted lo hiciera conmigo,  
 pues necesito por cierto  
 de haber de ensanchar la casa  
 por la familia que tengo,  
 que vá mas en cada dia;  
 y si quiere, pida precio,  
 no repare por doblones  
 que cantidad tengo de ellos.  
 Quedó el Mercader corrido;  
 y apenas se despidieron  
 se fué sentido á su casa:  
 salió su esposa corriendo

á saber de lo tratado,  
 por ver qué habia de nuevo.  
 Dióle á su esposa la nueva,  
 y viendo que no hay remedio,  
 dejaron su pretension,  
 aunque siempre allá en su pecho,  
 formando de aqueste agravio,  
 el sentimiento tubieron,  
 que le movió la venganza,  
 como adelante veremos.  
 Las dos mugeres en cinta  
 se hallabau en este tiempo:  
 y cuando llegó la hora,  
 al Mercader le dió el cielo  
 una niña y al Cortante  
 un niño agraciado y bello.  
 Pasaronse algunos meses,  
 criándolos con esmero,  
 y el Mercader dos esclavos  
 tenia, y con el pretesto  
 de pasear á la niña  
 por diversion y recreo,  
 en la casa del Cortante  
 era el entretenimiento.  
 Allí jugando la niña  
 con el niño, tal afecto  
 y tanta benevolencia  
 llegó á reinar entre ellos,  
 que en estando divididos  
 lloraba el niño, gimiendo  
 estaba la niña en casa:  
 y su madre viendo esto,  
 ya con alguna sospecha,  
 le dijo: pues como es esto,  
 donde llevais á la niña,  
 que aqui no calla un momento,  
 y cuando salis de casa,  
 parece ve el Cielo abierto?  
 Respondieron los esclavos,  
 señora nuestro paseo  
 es en casa del Cortante,  
 donde hay un niño pequeño,



con quien la niña se alegra  
 entrenida con juegos.  
 Aquí vino á reventar  
 la colera que en su pecho  
 tenia reconstituida,  
 y así con dañado intento  
 llamando aparte á un esclavo,  
 le dijo: sabrás que quiero,  
 Mostafá que te libertes,  
 y tambien tu compañero,  
 como egecutes un lance,  
 pero ha de ser con secreto.  
 Y es, que saqueis esta tarde,  
 y echeis al profundo seno  
 del mar, del Cortante el niño,  
 y si lo haceis, os prometo  
 ponerlos dentro de Argel  
 á costa de mi dinero,  
 y advertid que importa mucho.  
 Los esclavos que esto oyeron,  
 por lograr la libertad  
 á casa del Cortante fueron;  
 como otras veces solian,  
 y así que ocasion tuvieron  
 al tierno niño sacaron  
 á orillas del mar soberbio,  
 y al arrojarle á las aguas  
 los dos se compadecieron;  
 dejaronle á las orillas  
 sin matarle, y se volvieron  
 á la ciudad al instante.  
 Las puertas cerraron presto  
 de la bahia, y el niño,  
 quedó en la arena durmiendo.  
 Al cabo de poco rato,  
 despertando ya del sueño,  
 comenzó á llorar el niño,  
 y un Mercader á este tiempo,  
 de las Indias, que esperaban  
 tener favorable el viento  
 para marchar á su patria,  
 y oyó los tiernos lamentos,

mandó sacasen la lancha,  
 para ver lo que era aquello.  
 Vieron el hermoso niño,  
 piadosos lo recogieron,  
 y al navío lo llevaron,  
 donde el Mercader atento  
 le recibió, y con cariño  
 en sus brazos se lo han puesto,  
 diciendole con ternura:  
 de quien serás, niño bello?  
 qué corazon tan ingrato  
 tam impío y tan protervo,  
 aquí ha podido dejarte  
 á mil desdichas espuesto?  
 A las dos de la mañana  
 tubo favorable el viento,  
 tiró una pieza de leva,  
 y así el navio moviendo  
 se llevaron al infante  
 con alegría y contento.  
 Quien llegara á contemplar  
 el dolor y sentimiento,  
 la angustia, pena y fatiga  
 que aquella noche tubieron  
 los padres del angelito,  
 sin saber si es vivo ó muerto?  
 Siguieron pues su viage,  
 y al niño lo mantuvieron  
 hasta llegar á las Indias,  
 dándole vizcochos y huevos.  
 Apenas llegó á su casa  
 el Mercader, le salieron  
 á recibir sus amigos  
 y tambien todos sus deudos,  
 y á su esposa le entregó  
 el hermoso niño tierno  
 dándole cuenta de todo  
 el referido suceso.  
 Y por si no era cristiano,  
 luego al instantee le dieron  
 el bautismo de la Iglesia,  
 y por nombre le pusieron



José, y así se llamaba  
 oh Dios que raro secreto!  
 Con cariño lo criaron,  
 cual si fuera hijo, y viendo  
 su buena disposición  
 cuando fue en edad creciendo  
 le inclinaron al estudio,  
 y aprovechó en breve tiempo,  
 siendo cortés y bizarro,  
 y aplaudido en todo el pueblo.  
 Llegó á tener veinte años,  
 y al Mercader á este tiempo  
 ofreciósele un viaje,  
 y á Pepe le dijo esto;  
 hijo, cuida de mi casa,  
 pues de ella te quedas dueño,  
 cuida también de tu madre,  
 y á tu hermano te encomiendo,  
 que esté bien adoctrinado:  
 dale buenos documentos  
 que yo me voy á un viaje,  
 no se cuando nos veremos.  
 Despidieronse llorando,  
 hizo salva, y se partieron.  
 El mozo se quedó en casa,  
 y estando un día leyendo,  
 reprendió á su hermano; y este  
 les respondió muy soberbio  
 con palabras descompuestas:  
 y viendo su atrevimiento,  
 porque miedo le tuviera,  
 y le guardase respeto,  
 alzó la mano, y le dió

un bofetón porque atento  
 y no osado se criase;  
 y él entonces fue corriendo  
 á contarcelo á su madre,  
 que estaba en otro aposento.  
 Dijole como su hermano  
 le maltrató; y sin acuerdo,  
 al ver llorar á su hijo,  
 hecha una vivora ardiendo,  
 salió, y á pocas palabras,  
 falta ya de sufrimiento,  
 le dijo que era un bastardo.  
 Y él con grande sentimiento  
 de ver que así le trataban,  
 tanto discurrió sobre ello,  
 que no comía de tristeza,  
 ni dormía con sosiego  
 ni trataba á sus amigos,  
 ni se salía á paseo,  
 siempre metido en su cuarto,  
 varicos discursos haciendo,  
 hasta poder penetrar,  
 como fue su nacimiento.  
 Y hasta que vino su padre  
 de nadie pudo saberlo,  
 como en la segunda parte  
 referiré por estenso;  
 y como volvió á su patria,  
 los lanceos que acaecieron  
 en el viaje hasta España,  
 y su buen recibimiento,  
 hasta casar con la niña  
 que ya referida dejó.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.





# SEGUNDA PARTE.

---

Ya dije como salió  
aquel Mercader de fama  
de las Indias á un viaje:  
con salud volvió á su patria,  
y á recibirle salieron,  
antes que desembarcara,  
los deudos y los amigos,  
y tambien su esposa amada.  
Se cortejaron alegres,  
y el Mercader preguntaba  
por su hijo Pepe á su esposa,  
diciendo que por que causa,  
no ha salido á recibirle?  
y ella dijo estas palabras,  
has de saber dulce esposo,  
que al hijo de mis entrañas  
por la leccion le dió Pepe  
un bofeton, y enojada  
le dije que era un bastardo,  
que se fuera de mi casa;  
y desde entonces acá  
no hay quien le vea la cara.  
Calló el Mercader atento,  
oyendo aquesta embajada:  
se fué á su casa al instante,  
y asi que por ella entraba,  
le echó los brazos al cuello  
diciendo: Pepe del alma,  
qué tienes ¿quien te ha enojado?  
El la mano le besaba,  
y le dijo: padre mio,  
me alegro de ver que en casa  
esté ya vuestra merced;  
mas quisiera que me hallára

difunto sobre la tierra;  
no por que me falte nada  
en vuestra casa, señor:  
mas me dijo una palabra  
mi madre, y esta la tengo,  
en mi corazon gravada.  
Y asi le suplico y ruego  
por la Virgen Soberana  
me diga quien es mi madre,  
porque esta que me criaba,  
veo no es, ni ha sido,  
pues bastardo me llamaba.  
Oyendo el Mercader esto,  
un papel escrito saca,  
tambien sacó los pañales,  
que en el cofre lo guardaba,  
diciendole: siendo niño,  
dentro en Cádiz te tapaban  
con estos mismos pañales;  
y aquestas letras declaran  
de donde sois, y en qué forma  
habeis venido á mi casa.  
Leyó el papel, y en él vido,  
que era natural de España,  
de la gran Ciudad de Cádiz,  
y causa porque se hallaba  
en las Indias orientales;  
y asi de gozo lloraba,  
y al que tenia por padre  
de aquesta suerte le habla:  
señor, pues vos me criasteis  
como hijo, yo os llamaba  
padre, mas ya reconozco  
que no lo sois y esto basta:



y así la licencia os pido  
 para partirme á mi patria.  
 Como si fuera su hijo,  
 un navio le cargaba  
 de mercancías y gente,  
 que fueran en su compañía.  
 Dióle una cadena de oro,  
 para que de él se acordara,  
 con otras joyas de precio  
 también le entregó una carta  
 para un Mercader de Cadiz.  
 Le dijo que si no hallaba  
 padre ó madre, se velviese  
 á las Indias sin tardanza.  
 Y él le dijo: padre mio,  
 por la Trinidad Sagrada  
 le ruego que me perdone;  
 y arrodillado á sus plantas  
 le besó humilde la mano,  
 de todo dándole gracias.  
 Hechos sus ojos raudales,  
 por despedida le abraza,  
 diciendo el cielo te guarde,  
 á Dios, Pepe de mi alma.  
 Engolfóse mar adentro,  
 caminando con bonanza;  
 pero tuvieron un susto,  
 que un Domingo de mañana  
 se vieron cuatro navios  
 de Moros que á corso andaban,  
 y apresaron el navío,  
 sin que defensa bastára.  
 El Capitan de los Moros,  
 que los cuatro gobernaba,  
 le dijo, dime, Cristiano,  
 á donde iba tu jornada.  
 Y el Cristiano le responde:  
 para las costas de España  
 era, Señor, el viaje.  
 De quien es riqueza tanta?  
 Mira, gran señor, le dice:  
 y el suceso le contaba,

y por mas sastifacerle,  
 los papeles le mostraba  
 en prueba de la verdad.  
 El Moro, que atento estaba,  
 tomó el papel en las manos:  
 vueltos sus ojos en agua  
 al mirar aquellas líneas,  
 mil parabienes le daba,  
 abrasándole gozoso,  
 y diciendo estas palabras:  
 conocí bien á tu padre,  
 y á tu madre muy amada;  
 por ti se vé mi persona  
 en el triunfo que en se halla;  
 y así no te dé cuidado,  
 ni tengas temor de nada,  
 que yo te acompañaré  
 á esa ciudad afamada  
 de Cadiz, donde naciste,  
 que es justo te satisfaga,  
 pues has de saber que yo  
 fui el esclavo que en la playa  
 de Cadiz te dejó vivo,  
 entonces pues le contaba  
 todo el caso por estenso;  
 y haciéndole retaguardia,  
 hasta la Ciudad de Cadiz  
 lo comboyó con su escuadra.  
 Llegaron al puerto alegres,  
 y una bandera levantan,  
 disparando algunas piezas,  
 y la novedad llamaba  
 á todos los Mercaderes,  
 discurriendo que llegaba  
 el Mercader de las Indias  
 que aguardándole ya estaban.  
 Salieron á recibirle,  
 y luego entregó la carta  
 al mismo para quien era,  
 y leída, les declara,  
 que era este el hijo propio  
 del Mercader que aguardaban,



y mercancías traía,  
 pues su padre le enviaba;  
 dándole la enorabuena,  
 todos se congratulaban.  
 Habiendo saltado en tierra,  
 á pocos días que estaba,  
 donde vivía el Cortante  
 procuró saber con maña;  
 y yendo con sus criados,  
 con dinero, les mandaba,  
 que en aquella casa entrasen,  
 y qué allí se lo dejaran.  
 Salió corriendo su padre,  
 sin saber con quien hablaba,  
 le dijo, señor, quisiera,  
 que de su merced sacara  
 el dinero que no gusto  
 tener ni guardar en casa  
 moneda alguna de nadie,  
 y menos sin saber cuanta  
 me entregan como podré  
 otra vez al entregarla,  
 dar una cabal salida?  
 El le dijo que callara,  
 y en su casa la tuviese,  
 que mas bien guardada estaba  
 que si el mismo la guardase;  
 así consiguió la entrada  
 en la casa de su padre,  
 y ya todos murmuraban  
 en saraos y banquetes,  
 que en casa el Cortante entraba  
 el Mercader de las Indias,  
 mas no sabían la causa.  
 Temieron que pretendiera  
 el Mercader á una hermana  
 suya é hija del Cortante,  
 que era en extremo bizarra.  
 Dabale mil documentos,  
 y el Mercader que fue causa  
 de su variable fortuna,  
 un día con mesa franca

le convidó y aceptando,  
 con esplendida abundancia  
 le sirvieron á la mesa  
 mil primores de viandas.  
 Y sobre mesa le dijo  
 con alhagueñas palabras:  
 me admiro mucho, Señor,  
 que su afición puesto halla,  
 y tan firme, en quien en sangre,  
 ni en la calidad le iguala,  
 pues es hija de un Cortante,  
 por mas que sea agraciada.  
 A trueque de que la olvide,  
 contento y de buena gana  
 le daría por esposa  
 á mi querida Bernarda,  
 que estimo mas que á mi vida.  
 Admirado se quedaba,  
 pues no esperaba otra cosa  
 y repondió sin tardanza  
 por dichoso me tendría  
 logrando ventura tanta.  
 Conformaronse gustosos,  
 con solo esta palabra,  
 se previnieron las bodas;  
 y antes que el día llegara,  
 le dijo el yerno: señor,  
 quisiera que me otorgara  
 una petición que pido,  
 y es, señor de que á la uzanza  
 de las indias orientales  
 las bodas se celebraran.  
 En quo manera (le dijo)  
 son las bodas? Y él contaba  
 como á todos los vecinos  
 mas cercanos á la casa  
 donde habitaba la novia  
 al convite los llamaban.  
 Por no disgustar al yerno  
 vino bien en la demanda.  
 Cien mil ducados en dote  
 á su hija le señala,



con muy costosos vestidos,  
joyas y ricas alhajas.  
Celebraronse las bodas  
con ostentacion y gala,  
hallándose en el banquete  
el padre, madre y la hermana  
del novio, sin saber nadie  
lo que en su pecho ocultaba.  
Y en medio de la funcion  
dijo el novio que gustaba,  
le esplicasen una duda,  
y calló sin declararla.  
Aguardando la propuesta,  
unos á otros se miraban;  
y entonces le dijo el suegro  
que la duda declarara,  
y verian entre todos  
si podrian decifrarla,  
que con gusto probarian.  
Y él dijo que lo que estaba  
una vez determinado  
en el celestial alcazar,  
si en el mundo habria alguno,  
que á deshacerlo bastára.

Todos dijeron que no,  
y que era cosa asentada.  
Dijo él: pues ya que queda  
la verdad certificada,  
este es mi padre, señores  
mi madre es esta, y mi hermana  
la que aqui veis, pues yo soy  
el niño á quien intentaba  
mi suegra que los esclavos  
me dieran muerte inhumana:  
aquestos son los pañales,  
con que entonces me tapaban,  
y estos renglones tambien  
os explicarán la causa  
de mirarme en tanto triunfo,  
y casado con Bernarda.  
Sea para bien le dijeron  
todos alli á voces altas,  
vivan los novios, y vivan  
sus padres edades largas.  
Y luego todos humildes  
á Dios rindieron mil gracias,  
viviendo de alli adelante  
con paz y union celebrada.

**FIN.**



CARMONA:—1855.

Imprenta de D. José María Moreno, Descalzas, núm. 1.